



Márgenes



Argentina - Brasil: Realidades culturales y universidad¹

Mario M. González*

Resumen

El trabajo propone un recorrido por las historias de Argentina y Brasil y muestra el modo en que se forjaron dos tradiciones culturales divergentes y, consecuentemente, dos maneras de concebir y desarrollar la educación superior universitaria. Hacia el final, la reflexión se cierra en torno a las posibilidades de que el Mercosur se convierta legítimamente en una instancia de integración, más allá de los acuerdos económicos, que incluya la cultura, las instituciones educativas y, especialmente, la Universidad.

Palabras clave: Argentina. Brasil. Diferencias históricas. Integración. MERCOSUR.

Abstract

[Argentina/Brazil: cultural realities and university]

This article aims at a travelling along the history of both Argentina and Brazil and depicts the way in which the two divergent cultural traditions were built; therefore, two approaches to the conception and development of university higher education emerged. Towards the end there is a reflection about the possibilities the MERCOSUR may have of legally becoming an instance of integration that beyond any economic agreements, will put emphasis on culture, educational institutions and especially the University.

Key words: Argentina. Brazil. Historical differences. Integration. MERCOSUR.

* Profesor de la Universidade de São Paulo.

¹ El presente texto es una actualización de la conferencia pronunciada por su autor en la Universidad Católica de Córdoba, en 1999.

La primera consecuencia de una mínima aproximación a la historia brasileña desde una perspectiva argentina lleva a constatar que no se puede ver en el Brasil una América ocupada por portugueses –paralelamente a la ocupación española del resto del continente– sin que en eso quepan otras diferencias que las de la lengua y la cultura específicas de cada colonizador.

La primera evidencia de eso aparece en la diferencia de las relaciones entre Portugal y Brasil (en las que el peso de la herencia portuguesa es mucho menor), al compararlas con las que guardan los países hispanoamericanos con España. Si con relación a estas últimas cabe percibir que los hispanoamericanos, en general, tienen conciencia de la aniquilación de importantes culturas indígenas, les cumple captar también la fortísima presencia de raíces culturales de larga trayectoria, cuya implantación arranca de los años inmediatos a la llegada de Colón a las islas caribeñas.

La llegada de Colón es, en gran medida para los brasileños, un hecho que nos toca apenas indirectamente. El 12 de octubre es una fecha sin significado histórico en la conciencia de la mayoría, sentido que se alteró levemente años atrás cuando en todo el mundo fue inevitable hablar del quinto centenario de América; pero, aún hoy, ese día es feriado nacional por ser el día dedicado a la patrona católica del Brasil, además de ser, casualmente, el día del niño. Para el Brasil, los quinientos años que contaban se festejaron el 22 de abril del 2000, aniversario de la llegada de Pedro Álvares Cabral a las playas del actual estado de Bahía. Y se festejó ese “descubrimiento” con la plena conciencia de que Cabral “descubrió” lo que ya se sabía que allí estaba, en un intencional desvío de una expedición a las Indias por la ruta de oriente para tomar posesión del territorio que el tratado de Tordesillas adjudicaba a Portugal a este lado del Atlántico. Porque lo que entonces festejamos no fue la hazaña aventurera sino el nacimiento, no ya de la nueva cultura continental, sino del país y de la nación que hoy somos.

Además de esa mayor independencia original, el Brasil habría de ser una nación construida esencialmente por los propios brasileños, aunque fuese con distintos grados y modos de inserción en ese proceso. Inicialmente, pueden entenderse como brasileños ya los sujetos de la expansión territorial; pero el soporte económico de la afirmación de la colonia portuguesa, una vez extenuado el indígena, son los millones de esclavos arrancados de su país de origen y traídos al Brasil y que sólo podrían comenzar a integrarse formalmente a la ciudadanía a partir de la abolición de la esclavitud, en 1888. Brasileños son también los arquitectos de una realidad cultural y política paradójicamente consolidada a partir de la llegada de la corte portuguesa a Río de Janeiro –hecho que, no menos paradójicamente, desencadenaría la independencia nacional–; después, la mano de obra esclava será sustituida por el decisivo aporte de las fuertes oleadas de la moderna inmigración europea (trabajadores que durante años no serán tratados mucho mejor que los esclavos) y asiática.

Por allí empieza la enorme diferencia, cuyas razones están enclavadas más atrás, en la historia de la Península Ibérica. Portugal por el oeste, paralelamente a Castilla y León por el centro y a Aragón y Cataluña por el este, habían marchado durante siglos hacia el sur intentando recuperar para el cristianismo las tierras invadidas por los musulmanes a partir del siglo VIII. Los años decisivos de esa "retomada" son los de la respuesta a la invasión almohade, en la primera mitad del siglo XIII, cuando a la guerra santa musulmana responde la unión de los cristianos en una auténtica cruzada. Tras la fundamental victoria cristiana, en 1212, en las Navas de Tolosa, los castellanos firman dos tratados: el de Coímbra, con Portugal, y el de Almizra, con Aragón, que en la práctica dejan en manos de Castilla la ocupación de Andalucía. De ese modo, los aragoneses se detendrán en Murcia, pues sus intereses estaban mucho más volcados hacia conquistas ultrapirenaicas o en el Mediterráneo, en las que estaba ausente el componente ideológico de la llamada Reconquista cristiana de la Península. A su vez, los portugueses limitarán su avance a la proyección geográfica de sus dominios hacia el sur, tarea que concluyen en 1249. Un año antes, en 1248, los castellanos habían ocupado Sevilla. Al no tener rivales inmediatos en la ocupación territorial, y ante la debilidad del reino de Granada, Castilla no llevará adelante la etapa final de la Reconquista sino de forma intermitente. Los esfuerzos habrían de volcarse, durante más de dos siglos, en las disputas internas por el poder en el interior del reino y por el dominio de la Península en las relaciones con Portugal y Aragón. Pero, si para estos dos últimos reinos la empresa ideológicamente marcada de retomar el territorio en manos de musulmanes deja de existir, para Castilla habría de estar presente siempre y será fundamental como realización que consolida la nación oriunda de la unión de los Reyes Católicos.

De ese modo, cuando portugueses y castellanos se lanzan a las conquistas de ultramar lo hacen con signos completamente diferentes. Si los aragoneses se expanden por el mediterráneo con la típica marca de la ocupación de reinos que extienden el mercado y el control del mar mediterráneo, los portugueses emprenden aventuras claramente marcadas por la osadía navegante. "Navegar es preciso", podría ser el lema recogido siglos después por Fernando Pessoa para expresar el destino del pequeño reino, claramente autónomo desde el siglo XIII, consolidado como tal en el XIV con un fuerte peso de las clases medias, y desde siempre acorralado contra el mar, ese único camino portugués en dirección al mundo. Tanto que, ya en el siglo XV, uno de sus reyes habría de llamarse don Henrique, el Navegante. Ese navegar en el que serán maestros tiene un pleno sentido comercial en su propósito último y único de llegar al oro y las especias. El camino hacia estos bienes queda marcado por las factorías, signo evidente de la colonización que sólo busca extraer de la forma más económica posible. Y ese camino sigue el rumbo racional de navegar hacia el oriente.

Ya Castilla recorre inicialmente un largo camino de afirmación política que, lejos de favorecer a las clases medias, instala en el poder a la aristocracia de los Trastámaras tras el asesinato de Pedro I, marginalizando a la sospechosa burguesía de base judaica en que éste se apoyara. Cuando la balanza de las alianzas externas castellanas se decide a favor de Aragón, estaba naciendo una confederación de reinos cuya unidad sólo parecería poder estar completa y firme en la medida en que se llevase adelante el capítulo final de la secular empresa reconquistadora: ocupar Granada es la misión de los caballeros al servicio de la cruz; ocuparla para acabar con el poder llamado infiel en la Península y consolidar el dominio de la fértil Andalucía. En medio de esa empresa, la locura de Colón llama a las puertas y es rechazada como fuera en Portugal. Pero acabará abriéndose paso, en parte por su sintonía ideológica con la empresa castellana que culminaba: se trataba no sólo de llegar al oro y las especias, sino de dar la vuelta al mundo, aliarse con el Gran Khan supuestamente cristiano y atacar por detrás, con ayuda de éste, al poder de los turcos musulmanes. Si Colón reducía o no el mundo en un cuarto de sus proporciones sería algo que a él mismo le tocaría comprobar con el riesgo de su vida.

Es por eso que Castilla llega a América con otro signo claramente visible en la reproducción americana de la ocupación de Granada: extender el territorio del reino, salvar a los infieles substituyendo su cultura por la cristiana y apoderarse de sus riquezas, como desde siempre se había hecho en la lucha contra los musulmanes. Castilla llega a América en una empresa de caballeros cristianos que acumulan riquezas por la conquista, con una marca ideológica de la que carecen tanto los aragoneses por el mediterráneo como los portugueses, para quienes la empresa caballerescas quedara atrás dos siglos y medio antes de voltear el cabo de las Tormentas.

Por eso, al mismo tiempo que gracias a un portugués a su servicio, Fernão de Magalhães, corrobore la locura colombina, Castilla ha de empezar a asentarse en la tierra firme que llamará simplemente Nueva España. Y ha de expandirse hacia todos los rumbos de esa tierra como si simplemente hubiese creado un puente entre ambos continentes. Con precisas instrucciones de cómo fundar ciudades, los caballeros de Castilla han de reproducir en éstas el ideal de urbanización que haga posible implantar para siempre su dominio bajo el signo cristiano. Por eso, menos de veinte años después de que Cortés quemase sus navíos, se instalará en México la imprenta. Y las universidades nacen a lo largo de la ruta de los conquistadores: en 1538, la de Santo Domingo; en 1551, la de México y la de San Marcos, en Lima; en 1613, la de Córdoba; en 1624, la de Charcas. Implantar una cultura llevó a la eliminación de las autóctonas, en un gesto que, si resulta injustificable, sólo podría explicarse en el marco ideológico que rige la aventura castellana.

La empresa portuguesa fue completamente diferente en todas partes y lo fue en América. Llegar al Brasil en 1500 fue la manera de tomar posesión del terri-

torio que a occidente le adjudicaba a Portugal el tratado de Tordesillas, pero apenas como complemento de la llegada a las Indias por oriente dos años antes. Demarcada la posesión americana, se tardó mucho en ocuparla y más en gobernarla. Inicialmente es arrendada a un consorcio de comerciantes lisboetas. Años después se envía una expedición que establece en 1532 la primera población fija en São Vicente, en la costa del actual estado de São Paulo. Y por las mismas fechas se procede a repartir el territorio en quince franjas mediante líneas paralelas al ecuador que llegaban hasta el meridiano de Tordesillas, bajo la forma de “capitanías hereditarias” que se entregan a comerciantes, burócratas y miembros de la baja nobleza; éstos obtuvieron la posesión (no la propiedad) de la tierra, a cambio del pago de tributos. El sistema sobrevivió, de manera diferenciada, hasta mediados del siglo XVIII. La necesidad de controlarlas hizo surgir, tan sólo en 1549, el primer gobierno de la colonia, implantado en la actual Salvador (Bahia), su capital hasta 1763.

La historia del Brasil colonial será básicamente la de los productos que puedan extraerse de la tierra. Hasta el nombre, Brasil, alude a la primera extracción, la del “pau-brasil” (palo brasil), comercializado para la elaboración de tinturas. Después vendría el azúcar, con base en el plantío de la caña, introducida en todas las capitanías ya a mediados del siglo XVI. El cultivo de la caña de azúcar en grandes plantaciones exigió una mano de obra diferente del indígena, poco apto al trabajo extractivo. De ese modo, a mediados del siglo XVI se inició la importación de esclavos africanos. Se calcula que 4 millones de individuos fueron arrancados de sus hogares en África y traídos al Brasil en los tristes navíos negros a lo largo de tres siglos. Un crimen que las naciones cristianas de entonces practicaron sin recelo y que costaría mucho tiempo admitir como tal. El principal resultado será que la esclavitud, abolida en Brasil tan sólo en 1888, sería la base de la construcción de una de las sociedades más desiguales del mundo, triste título que nos cabe aún hoy.

El azúcar producido en los ingenios sería la base de la economía colonial brasileña, que contó con otros rubros, como el algodón, el tabaco y la cría de ganado. La población y las actividades económicas se concentraron, durante muchos años, en la extensa costa del país. A fines del siglo XVI, sin embargo, se iniciaba, a partir de la entonces minúscula São Paulo, la marcha hacia el interior, primero en busca de terrenos para criar ganado; después, en el siglo XVII, en expediciones organizadas por los bandeirantes a la caza de indios que esclavizar y de oro que extraer, compitiendo con los jesuitas que organizaban reducciones indígenas. La marcha de estos bandeirantes, tan ensalzada oficialmente en el Brasil como condenada fuera de él, sería la responsable por la ruptura definitiva de la frontera trazada en Tordesillas y el establecimiento de las actuales dimensiones brasileñas.

Un bandeirante habría encontrado oro en 1695 en la región que hoy es parte del estado de Minas Gerais, donde también se hallaron diamantes hacia

1730. Los hallazgos cambiarían la fisonomía del Brasil. Primero por producir una “corrida del oro” que atrajo 600 mil portugueses en los primeros 60 años del siglo XVIII; después, por dislocar el eje de la colonia al centro-sur del país. En 1763, la capital de la colonia pasa a ser Rio de Janeiro, por donde ahora entraban los esclavos y salía el oro. Un efecto claro de la riqueza que se acumula en manos de unos pocos será el surgimiento de una arquitectura, escultura y pintura barrocas, que, si antes habían hecho de Salvador la ciudad-monumento que hoy podemos admirar, ahora se desparrama por las pequeñas ciudades de Minas Gerais.

El ciclo del oro tuvo su auge entre 1733 y 1748. En la segunda mitad del siglo entraría en declinio, juntamente con la decadencia de un sistema colonial que pondrá el Brasil a camino de su independencia. Pero en 1727 habían llegado al Brasil (a Pará) las primeras semillas de café. En 1760 se lo cultivaba en Rio de Janeiro para consumo doméstico. A comienzos del siglo XIX se lo cultiva en el litoral, entre Rio y São Paulo, y después en el valle del río Paraíba, que une esos estados, región donde su cultura se tornaría altamente productiva y llevaría a que en 1830 el café pasase a ocupar el primer lugar entre las exportaciones, superando al azúcar e iniciando así un creciente y absoluto predominio y sin encontrar competidores en el mercado internacional. En la segunda mitad del siglo XIX el cultivo del café se extiende por el oeste de São Paulo –dislocando el eje económico hacia el sudeste, imponiendo la expansión de los ferrocarriles y dando lugar al nacimiento de la “burguesía del café” – y a comienzos del siglo XX llegaría al actual estado de Paraná, al sur de São Paulo. Las extensas plantaciones exigían abundante mano de obra, suministrada por esclavos hasta que en 1850 las presiones internacionales obligan a suprimir el tráfico de éstos y, en 1888, a abolir la esclavitud. Se continuaría, sin embargo, disponiendo de la mano de obra barata de los ahora libertos y se inicia entonces la incorporación en masa de inmigrantes europeos, cuyas condiciones de trabajo no serían mucho mejores que la de los esclavos.

Pero, volviendo a la decadencia del sistema colonial a fines del siglo XVIII, movimientos de rebeldía ferozmente reprimidos precedieron a la llegada a Rio de Janeiro, en 1808, de la familia real portuguesa que huía del poder napoleónico.

La llegada de la familia real pone al desnudo las características de la colonización portuguesa. Debe, prácticamente, traerse e implantarse todo, ya que las carencias de la colonia son radicales. No había imprenta ni universidad. La prohibición de manufacturas preservaba la industrialización en Portugal de las materias primas extraídas de la colonia y allá enviadas gracias al monopolio comercial portugués.

Don João VI abre los puertos brasileños a las naciones amigas, esencialmente a Inglaterra, de quien Portugal dependía cada vez más desde 1640. Como si no bastase, las mercaderías inglesas obtienen un amplio favorecimiento en las tasas aduaneras. Se iniciaba, así, indirectamente, la dependencia brasileña del capital internacional, que se acentuaría definitivamente cuando, tras partir en

1821 llevándose el tesoro del Banco do Brasil, para reconocer la independencia de la ex-colonia -proclamada por su hijo Pedro en 1822- el monarca portugués exigió 2 millones de libras. La suma fue prestada por Inglaterra que, además, impuso al Brasil la continuidad del favorecimiento comercial vigente.

En buena parte, la independencia brasileña se deriva de la comprobación de la autosuficiencia del país una vez que le son otorgadas condiciones mínimas de autonomía. Con la corte portuguesa en Rio de Janeiro, además del Banco do Brasil, se habían creado la Casa de la Moneda, el Jardín Botánico, la Biblioteca, la Imprenta y el Teatro reales y la Academia de Bellas Artes, además de Escuelas de Medicina, una en Rio y otra en Salvador.

La independencia, sin embargo, no aseguraría ni la apertura política deseada por los liberales ni la quiebra de los esquemas sociales y económicos que concentraban la riqueza en una minoría. Brasil continuaría víctima de los inmensos latifundios creados por las capitanías hereditarias, apoyándose en la mano de obra esclava que, cuando se agotase, sería substituida por un trabajador asalariado que, a un costo menor, reemplazaría al esclavo sin obtener condiciones de vida que superasen las de la esclavitud. La educación, camino fundamental de acceso al bienestar en una sociedad libre, continuaría siendo, como es hasta hoy, un privilegio de los más ricos.

Es allí donde acabaremos por encontrar la universidad y tendremos que analizar su papel en la sociedad brasileña. Pero antes, convendría retroceder para repasar, rápidamente, la trayectoria colonial argentina.

Como se sabe, la colonización del territorio argentino ocupa inicialmente un lugar marginal en la colonización española de América. La llegada al Río de la Plata tiene lugar porque, al ser comprobada por Balboa la existencia del Mar del Sur en 1513, se hizo imprescindible hallar el paso que permitiese, por fin, realizar la trayectoria planeada por Colón rumbo a las Indias. Así Solís encuentra su Mar Dulce, en 1516, y en él la muerte. Pero el naufragio de una nave, al regreso, frente a la isla de Santa Catalina, llevará a Alejo García a comprobar, en 1525, la existencia de oro y plata en el Alto Perú. Con ello, el Mar Dulce se hará Río de la Plata, porque por él se entraría hasta el Paraguay a camino de los tesoros del Rey Blanco, como intenta Sebastián Gaboto, en 1527. Como instancia en la navegación hacia esos tesoros se fundaría Buenos Aires, en 1536. La ciudad sería despoblada y sus habitantes trasladados a Asunción del Paraguay, verdadero puesto clave en las tentativas de alcanzar el Perú por el oriente. La mayor facilidad de acceso a Asunción por vía fluvial llevaría a la fundación, por Juan de Garay, de Santa Fe en 1573, y de Buenos Aires, nuevamente, en 1580. Pero a esa altura, los españoles ya habían llegado a las riquezas del imperio Inca por el norte e instalado en el Perú la segunda base en importancia colonizadora después de México. Y desde allí se habían lanzado a plantar mojones rumbo a un puerto que permitiese la salida de esas riquezas, como alternativa a su compleja transferencia a través

del istmo de Panamá. Y, entre 1553 y 1593, fundarían –entre otras– como proyecciones del virreinato peruano, las ciudades de Santiago del Estero (1553), Tucumán (1565), Córdoba (1573), Salta (1582), La Rioja (1591) y Jujuy (1593). Estas ciudades, al filiarse al virreinato del Perú directamente, cargarían el peso y el sentido de proyección de la cultura española como sustituta de la cultura indígena. Son ciudades fundadas, como se sabe, para ampliar el territorio de España en nuevas provincias de ultramar. Igual sentido tendrá la corriente colonizadora que llega indirectamente del Perú, a través de Chile, y que funda Mendoza en 1561 y San Juan en 1562.

De ese modo tendremos que la actual Argentina, dejando de lado la Patagonia, cuya colonización es claramente posterior, nace de la conjunción de dos corrientes colonizadoras fundamentales que tenían por objetivo alcanzar las riquezas del imperio Inca. La que llega por el noroeste es posterior al asentamiento español en el Perú y tiene ese sentido de corolario que proyecta una cultura establecida. La que llega por el sudeste fue la tentativa de un camino que se mostraría menos práctico; a ello se reduce durante largo tiempo y en ello hubiese quedado por más años todavía, si no fuese por el potencial económico inmediato que, años después, se consolidaría a partir de las vacas y caballos dejados por Pedro de Mendoza a la orilla del Río de la Plata.

Sólo en 1617 el Río de la Plata sería sede de una gobernación independiente de la de Asunción y de la del Tucumán. Y sólo en 1776 el eje del poder se establecería definitivamente en Buenos Aires al crearse el Virreinato del Río de la Plata, abarcando las provincias de Paraguay, Tucumán, Cuyo y del Río de la Plata.

Nacía así la base de la Argentina que, sin embargo, estaría marcada por la frontera que distingue las características de las dos corrientes colonizadoras, frontera que pasa claramente por Córdoba. La diferencia de esas dos corrientes iría a acentuarse cuando la Revolución de Mayo fortaleciese Buenos Aires (lo que explica, en parte, la reticencia cordobesa en incorporarse a ella) y, más aún, cuando años más tarde, la ya capital del país independiente fuese la puerta de entrada de la gran inmigración europea que iría a sentarse especialmente en la región pampeana y el puerto de salida de la gran riqueza exportada por el país, lo que permitió levantar una ciudad sin parangón en el resto del territorio nacional.

A partir de ello, la Argentina, tal cual se la ve desde afuera, sufriría de una macrocefalia que, si puede enorgullecer a los habitantes de una magnífica ciudad que muchas veces pareció al margen de América Latina, produce, sin duda, un desequilibrio cuyas consecuencias no se pretende analizar aquí.

Desde Buenos Aires se gobierna un país con enormes ventajas, no sólo derivadas de su naturaleza fértil y pródiga, sino heredero de una tradición cultural que le nace en el acta de bautismo de sus ciudades, creadas, como ya se dijo, para ser bases de realización del modelo peninsular y no simplemente para factorías ocasionales.

Las ciudades hispanoamericanas se parecen porque todas responden a esa intención o la imitan. Basta ver que son planeadas y organizadas desde el comienzo para que en ellas funcionen las instituciones. Y entre esas instituciones, una de las más trascendentes sería la universidad.

Con esto, llegamos al punto en que encontramos un común denominador cultural para el Brasil y la Argentina. Sin embargo, la diversidad del sentido de la universidad en uno y otro país puede permitirnos pensar qué funciones le caben a uno y otro en cada caso.

Esas funciones son en parte y por ahora, al menos, diferentes porque responden a modelos nacionales cuya diversidad vimos nacer en el proceso colonizador que acabó plasmando dos países nada parecidos. No se pretende aquí compararlos con cualquier sentido cualitativo, sino aproximarlos en contraste. Con mayores referencias al Brasil, por juzgarlo menos conocido.

Si las principales ciudades argentinas obedecen al modelo hispánico, claramente planificado, las brasileñas se nos antojan fruto del acaso. Cuanto mucho, obedecen a la estrategia del comercio marítimo, que privilegiaría puertos naturales. Y allí debe sumarse que Brasil nace como un país básicamente litoráneo, abierto al mar. De ese modo, inicialmente una ciudad no se subordina necesariamente a las demás, ya que a todas se les ofrecen iguales posibilidades de proyección y de funcionamiento como puestos de intercambio. Ya en la Argentina, al inicial encuentro de corrientes colonizadoras se seguiría una clara jerarquización de la "Capital" y el "Interior", como instancias dependientes la una de la otra. Sorprende llegar al Brasil y comprobar que una pluralidad de ciudades, a pesar de sus diferencias cuantitativas, tienen voz y conciencia de su identidad por igual. No es sólo Rio de Janeiro o São Paulo el espacio para realizaciones de todo orden que repercuten en todo el inmenso país. Recife y Salvador, Fortaleza y Belo Horizonte, Curitiba y Porto Alegre, para mencionar apenas algunas de las más importantes, pueden encabezar por igual fenómenos políticos, culturales, sociales o económicos. Muchas veces esto nace de marcadas diferencias históricas y culturales que han llegado a permitir hablar de diversos "Brasiles". Eso da pie a una mayor fuerza de un sistema de gobierno federal, tanto que en los años 60 se cumplió la idea secular de que la capital del país debería situarse equidistante y tierra adentro. La construcción de Brasilia, sin embargo, fruto de una corriente política desarrollista, aunque en alguna medida pueda agilizar la burocracia o ayude a evitar la polarización geográfica de las decisiones, tuvo como consecuencia (y tal vez ya fuese el objetivo de alguno de sus idealizadores) el alejamiento del pueblo de las decisiones políticas. Cuando mucho, la presión de los empleados públicos y de sus familias puede hacerse sentir más fácilmente en la actual capital brasileña.

Otro aspecto que -en parte- tiene que ver con esa configuración inicial marítima del Brasil, es que eso tornó al país accesible por una diversificada plura-

lidad humana que lo volvió uno de los grandes ejemplos mundiales de mestizaje en todos los sentidos, mestizaje en el que se diluyen muchas veces las divergencias regionales que podrían permitir hablar de “los Brasileños”. Al indígena se junta el portugués y de inmediato la masa de africanos. Francia y Holanda intentan establecerse en el territorio y dejan claros residuos culturales y étnicos. España tendrá siempre fácil penetración, ya sea a través de los jesuitas o en nombre de la Unión Ibérica, o más tarde al encabezar las estadísticas inmigratorias en las que junto a ellos encontramos especialmente italianos, alemanes, japoneses, coreanos, rusos, etc. Lo interesante es ver que, a pesar de racismos inevitables, especialmente en la burguesía, a lo largo de los siglos predomina en seres de los más diversos orígenes y culturas la tendencia a mezclarse y confundirse en el común denominador de brasileños. Es sorprendente el papel que los africanos cumplen en ese proceso, en la medida en que son traídos por la fuerza, dispersos y mezclados para evitar que se organicen y, sin embargo, son uno de los sustratos culturales más importantes y fuertemente presentes en la sociedad brasileña. A ellos se les debe la base de un sincretismo religioso que sería el punto de partida de una mayor tolerancia ideológica; se les debe una actitud flexible ante la vida y ante la naturaleza, distante de la rigidez del europeo; se les debe el mayor aporte a la cultura musical brasileña, a buena parte de la culinaria (en que influyen porque el blanco los instala en la cocina), al ritmo que preside no sólo la danza sino hasta el andar de hombres y mujeres y la agilidad física y mental exigida en el deporte. Nunca el Brasil podrá pagar la riqueza cultural paradójicamente aportada por esclavos.

Un momento de conciencia de la heterogeneidad tiene lugar en los años 20 del siglo pasado, cuando un grupo de intelectuales del sudeste y sud del país (la vanguardia cultural que en el Brasil recibe el nombre de *Modernismo*), se inspiró en ella para adaptar la pauta de las vanguardias europeas bajo la metáfora de la antropofagia, cargando este término de sentido positivo. Se descubre en él la manera de establecer un común denominador nacional: el devorar culturas y transformarlas para construir la propia identidad. Desde el indígena que devoró literalmente colonizadores portugueses hasta nuestros días es visible ese proceso de incorporación transformadora de modelos culturales.

El mestizaje, sin embargo, puede estar ocultando otro grado de heterogeneidad más perverso del que sería menos víctima la Argentina, que además estaría marcada también por una mayor homogeneidad étnica y cultural con fuerte predominio de lo europeo. Esa heterogeneidad brasileña que se oculta es de orden socioeconómico, tiene sus raíces en el sistema colonial que relegó el trabajo a los esclavos y reservó el ocio a la minoría. Y está lejos de ser resuelta. Allí sí cabe hablar de diversos “Brasiles” estratificados en camadas socioeconómicas de enorme diversificación. No cabe aquí detenernos en lo que más duele a todo brasileño de mínima conciencia social: la insalvable distancia que en el país va del rico al pobre, la brutal concentración de la riqueza que coloca a Brasil entre los campeo-

nes mundiales de la disparidad socioeconómica. En números redondos, algo así como el 10% de la población posee el 50% de la riqueza y, en el otro extremo, un 50% de la población mal llega a poseer el 10%. Una masa de individuos por debajo de la línea de la más radical pobreza, junto a un reducido grupo de nababos que comparten las listas de los hombres más ricos del mundo, distorsiona esa pirámide hasta límites tan increíbles como vergonzosos. Sin que sea necesario ir a los números, es evidente que en la Argentina, pese a la concentración de la renta que el neoliberalismo ha impuesto en los últimos años, todavía es visible el predominio de una clase media, hoy empobrecida, pero que sin duda funcionó y funciona como catalizador.

Lo malo de esa distorsión social brasileña es que, cuando se suma a la ausencia del estado como garantía, no sólo impide el acceso del individuo a derechos elementales, como la educación, sino que a partir de ello lo aleja radicalmente del poder. De ese modo, resulta una falacia hablar de democracia simplemente porque haya un derecho universal al voto. Este derecho desaparece devorado por una enorme desinformación e ignorancia sobre las instancias en que los derechos individuales son manipulados, anulado en la medida en que los medios de comunicación son usados para vender ilusiones en forma de candidatos que, en la mayoría de los casos, pretenden apenas mantenerse en el poder no para transformar algo sino para seguir siendo los beneficiarios de ese poder. La desigualdad económica pesa considerablemente a la hora de disponer de recursos para carísimas campañas electorales.

El poder está, así, hace siglos, en manos de una clase que -cuando mucho- cambia de rótulos. Hay en ella un verdadero pavor a que puedan prevalecer los intereses de la mayoría. Y para impedirlo ha recurrido permanentemente a la fuerza, unas veces explícitamente, como en el golpe militar de 1964, otras bajo la forma del asesinato de líderes rurales y sindicales. La absurda distribución de la tierra resulta en la paradoja de miles y miles de hectáreas no cultivadas y preservadas por sus propietarios para la especulación territorial y una masa de millones de seres que mueren de hambre, que emigran a las ciudades para ser destrozados por la violencia urbana, mientras auténticos señores feudales se rodean de verdaderos ejércitos particulares para preservar lo que llaman el sagrado derecho a la propiedad privada. En el Brasil se está ante una verdadera guerra civil no declarada, en la que se enfrentan víctimas indirectas o directas de la opresión y voluntarios o involuntarios opresores. Un segmento de esa guerra es cada vez más visible: el "Movimento dos Sem Terra" ("Movimiento de los Sin Tierra") se organiza del norte al sur del país para reivindicar el derecho a cultivar el suelo, ese suelo del que arbitrariamente empezaron por apoderarse los quince titulares de las capitánías generales coloniales en nombre del nada legítimo derecho que el monarca se atribuyó de ceder lo que no le pertenecía. Muy curiosamente, hace pocos años, una universidad pública, la UNICAMP o "Universidade Estadual de Campinas",

de São Paulo, se atrevió a recibir a los “Sem Terra” en su recinto y a ofrecerles el saber de sus docentes y un plato de comida para amenizar el diálogo del día, volcado hacia sus problemas y expectativas de desposeídos militantes. El escándalo quedó reflejado en editoriales de periódicos y en cartas de lectores.

Y allí llegamos. Universidades; ¿cuál sería su función? España las trajo ya en las carabelas. La Argentina las heredó como el instrumento de un saber que, aunque aún no se alejase en nada de la escolástica, posibilitó la formación de una clase dirigente. Pesó sin duda la de Charcas, posterior a la de Córdoba y más abierta a las ideas liberales, donde estudiaron Moreno, Castelli y Monteagudo, entre otros. Cabría atribuir a la universidad el hecho positivo de que un día esa clase dirigente, ya en el siglo XIX, se ocupó de la educación como un derecho de los ciudadanos, aunque es notorio que, en algún caso, como el del autodidacta Sarmiento, renegó de esa universidad quien tuvo papel fundamental en la tarea de sembrar escuelas. ¿Se le debe a la universidad esa base de una educación popular argentina que desde Brasil debe envidiarse? Sarmiento no menciona explícitamente a la Universidad de Buenos Aires al trazar su tendencioso paralelo en el *Facundo*. Sin embargo, ésta existía desde 1821, como fruto de la preocupación educacional de Rivadavia. En Buenos Aires, la típica universidad del siglo XIX había nacido al compás de las ideas liberales y progresistas de la Ilustración, con un peso ideológico diferente del que dominaba en las universidades coloniales. La de Córdoba había sufrido años antes la benéfica reforma del Deán Funes. Pero subsiste la pregunta que no se pretende aquí responder sino ampliar: las universidades, especialmente las decimonónicas y las del siglo XX, ¿pesaron en favor de una transformación de la sociedad, sea en la Argentina o en el Brasil?

En ese sentido, no hay duda de que le cabe a la Universidad de Córdoba un papel importante en la medida en que fueron sus estudiantes quienes detonaron, en 1918, la reforma universitaria realizada por el gobierno de Yrigoyen. Ese gesto y la reforma traspasarían las fronteras a tal punto que, en 1968, en París, en las barricadas estudiantiles circulaba la traducción del manifiesto de los estudiantes cordobeses del '18. Pero, ¿logró esa reforma modificar la sociedad argentina?

El paralelo con el Brasil puede resultar interesante, ya que las universidades de ese país son todas del siglo XX y deberían haber nacido reformadas y reformadoras. En el siglo XIX, gracias a la llegada de la corte portuguesa y a la independencia, el Brasil cuenta con instituciones aisladas de enseñanza superior, como ya vimos, que se destinarían a la educación de la minoritaria burguesía. En el siglo XX, en la década del 20, es decir, en los años finales de la Primera República (que en 1889 había sustituido al Imperio) se registran las primeras tentativas aisladas, en diversos estados de la federación, de implantar un sistema de educación pública. En 1930, Getúlio Vargas, después de acabar con la Primera República mediante un golpe revolucionario, crea el Ministerio de Educación y Salud Pública e inicia, de arriba hacia abajo, a partir del gobierno central, una

acción educacional que, sin embargo, se preocupa especialmente por la enseñanza secundaria y superior. En 1920 ya se había creado la *Universidade do Rio de Janeiro*, fruto de la reunión de las Facultades de Derecho, Medicina e Ingeniería existentes. En 1931 se decretaba el Estatuto de las Universidades Brasileñas y se reorganizaba la de Rio de Janeiro que, sin embargo, acabaría extinta en 1939 e incorporada a la *Universidade do Brasil*, creada en 1937. En 1935 se había creado, también en Rio, la *Universidade do Distrito Federal*.

Pero la más antigua de las universidades brasileñas existentes hoy nacería al margen de la acción del gobierno federal; y, más aún, como afirmación de una corriente de oposición a Getúlio Vargas que se sublevara contra éste en 1932 en el estado de São Paulo, exigiendo la constitucionalización del país. En 1934 se creó la Universidade de São Paulo (USP), dependiente del gobierno del estado homónimo, mediante la reunión de tres escuelas superiores profesionales (Derecho, Medicina e Ingeniería), pero con el considerable elemento de cohesión que significó añadirles una Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras, volcada hacia la investigación y la especulación teórica. Para poder llevar adelante ésta última, fue necesario contratar profesores europeos, como el antropólogo Claude Lévy-Strauss y el historiador Fernand Braudel, entre otros.

El signo común, sin embargo, a todas estas instituciones y a las similares que se seguirían, creadas tanto por los gobiernos estatales o por el federal como por instituciones particulares confesionales, obedeció, en Brasil, a la necesidad que la burguesía sentía de educar a sus hijos y, sobre todo, de darles el pie de apoyo indispensable que, durante años, significó en el Brasil tener un diploma universitario. De ese modo, estando en el poder, esa burguesía se encarga de dotar a esas universidades de una estructura sólida que diese garantías de su sobrevivencia. En ese sentido, Brasil acabó distinguiéndose de los países hispanoamericanos en general, donde las universidades, muchas veces herencia de la tradición colonial, están más alejadas del poder y, al disponer muchas veces de menos recursos, dependen mucho más de que existan en ellas individuos capaces de catalizar los medios necesarios para un desarrollo más sólido de las actividades de docencia e investigación. Los resultados, en uno y otro caso, pueden ser excelentes, pero se apoyan en esquemas diferentes.

La Universidade de São Paulo fue radicalmente transformada por el gobierno militar en 1969. La Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras fue transformada en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas y sus segmentos de ciencias exactas y biológicas transformados en institutos independientes. Al mismo tiempo, fue abolido el sistema de cátedras e instalado el de departamentos, con la estructuración de una carrera universitaria en la que prevalece el régimen de dedicación exclusiva de los profesores. Paralelamente, en ese mismo año el gobierno federal implantó un sistema nacional de postgrado para todo el país. En algunos aspectos, la transformación fue positiva, si bien dio lugar a una

universidad en que tendemos a una fuerte fragmentación del saber. Eso refleja el espíritu de la nueva ley brasileña de directrices y bases de la educación, de 1996, que consagra la universidad como un espacio que vincula la enseñanza a la investigación, dejando de lado la antigua noción de integración e interacción de conocimientos. Sin embargo, el modelo de las tres universidades sostenidas por el estado de São Paulo y que, desde 1988, gozan de autonomía (gracias a la atribución de un porcentaje fijo del impuesto sobre circulación de mercaderías y servicios recaudado por el gobierno estadual), realizado de diversa manera en cada una de ellas, ha conseguido fortalecerse, a pesar de la política de los gobiernos neoliberales que vienen recortándolas de acuerdo con los intereses del mercado.

Sin embargo, al iniciarse el nuevo siglo, y al volver la vista atrás, sentimos que por ese camino nuestras universidades se alejan cada vez más de la posibilidad de actuar decisivamente en la transformación de una sociedad a todas luces injusta. El último golpe parece haber sido el hecho de que el anterior presidente de la República, Fernando Enrique Cardoso, haya salido de los cuadros de la USP, donde fue profesor de Sociología hasta tener sus derechos políticos suprimidos por el régimen militar. Conocedor notorio de la realidad social brasileña, en su deseo de alcanzar el poder se alió (como de otra manera haría Lula, poco tiempo después) y alió su partido, que entendíamos de izquierda, a los sectores más tradicionalmente conservadores que dominan en las regiones más pobres del país. Y cumplió un programa que dista mucho de lo que podría esperarse de su origen profesional. Constructor de una estabilidad artificial de la moneda, ha dejado la economía sujeta al vaivén de la especulación financiera internacional, impidiendo el desarrollo nacional gracias a los altísimos intereses vigentes como mecanismo de atracción de capitales oportunistas. Lula llegaría luego al poder, en parte, gracias al compromiso previo de mantener esa política económica que interesa al capital financiero. De ese modo, no se han conseguido asegurar debidamente a los sectores más desposeídos derechos básicos como vivienda, salud pública, seguridad, transporte colectivo y educación. Y la clase media se ve obligada a pagar a la iniciativa privada para disponer de los beneficios que el estado debería proporcionarle a cambio de los altísimos impuestos (35% del PIB nacional) que paga.

¿Y la universidad pública? La vemos debatirse para sobrevivir, contando para ello únicamente con la organización de profesores y estudiantes. Aún hoy, la universidad pública, gratuita, sigue siendo un privilegio de pocos, al que se llega mediante un examen de ingreso que favorece a quien pudo cursar la enseñanza media en un caro colegio particular, ya que la enseñanza pública primaria y secundaria ya ha sido reducida a harapos. Quien sale de las escuelas públicas no tiene otra opción, en la mayoría de los casos, que conformarse con ingresar en una universidad privada, siempre cara y la mayoría de las veces de discutible nivel.

Cabe una sensación de fracaso entre los profesores universitarios brasileños, en la medida en que no hemos conseguido no sólo pesar en la transformación de la sociedad sino ni siquiera en las relaciones de la institución universitaria con esa sociedad. Sin embargo, restarán siempre las utopías posibles que una buena parte de ellos, tal vez, no han perdido de vista. Hoy por hoy, cualquiera de esas utopías tiene que tener en cuenta dimensiones supranacionales y, así, no podría prescindir de las que se han establecido por razones mercadológicas, pero que son el camino para una actuación en el subcontinente como un único y enorme país. Si se pretende que un día los diplomas universitarios del MERCOSUR tengan tránsito libre por encima de las fronteras, será necesario que afinemos las estructuras y el papel de las instituciones de enseñanza. No se trata de decretar dogmas ni de imponer modelos, sino de dialogar, para ser una punta en un diálogo que es urgente y que es bueno que pueda realizarse no necesariamente con la Argentina que empieza y termina en Buenos Aires, sino con esa Argentina sin fronteras interiores, nacida de la anulación de la frontera original a que me aludíamos al principio.

Si en buena medida se fracasó en una etapa, se puede partir de la conciencia de un fracaso para empezar otra etapa diferente, donde la experiencia acumulada no haya sido en vano, en la que las universidades, al tomar conciencia de las dimensiones supranacionales hoy vigentes, puedan colaborar en la formación de individuos éticos y críticos, capaces de las transformaciones que no se han logrado hasta ahora. Puede ser que el MERCOSUR, como instancia económica, *tambalee* más de lo ya visto; pero, como sea, la posibilidad de intercambios con menos barreras ha abierto la puerta a la esperanza de realizarlos en otros niveles. Y de que, por ese camino que no está hecho sino que ha de hacerse al andar, sea posible realizar alguno de los muchos sueños que, felizmente, todavía son legítimamente alimentados por una parte de sus docentes, al menos, en las universidades latinoamericanas.